

El Mollete Literario

indicadorpolitico.mx

molleteliterario@gmail.com

Director: Carlos Ramírez

Abril 15, 2017, Número 44, Tercera Época



Sartori, la tele y la lectura

Por Paul Martínez / pág. 12

Ilustración: Brenda Chavira / Técnica: Mixta

“ Todos los hombres han vivido la historia del mundo, pero me siento obligado a hacer mi traducción del ser, mi propia versión.”
Juan José Arreola

EDITORIAL

Las profecías de Sartori

El politólogo italiano Giovanni Sartori, considerado uno de los protagonistas del debate político-cultural contemporáneo, falleció este mes a los 92 años y dejó un legado cultural enorme y apostó por profecías que se cumplieron al pie de la letra.

Sartori, licenciado en ciencias sociales y profesor emérito de la Universidad de Florencia, combinó la docencia y la investigación con la escritura y el periodismo. Agudo analista, se convirtió en gran crítico de la forma en que se utilizó la televisión comercial por su impacto negativo en la cultura popular y predijo hace muchos años que el internet revolucionaría todas las formas de comunicación.

En su libro *El Homo Videns*, Sartori reflexionó sobre la prevalencia de la imagen sobre la palabra y cómo se erosionó la capacidad del ser humano para producir conocimiento abstracto.

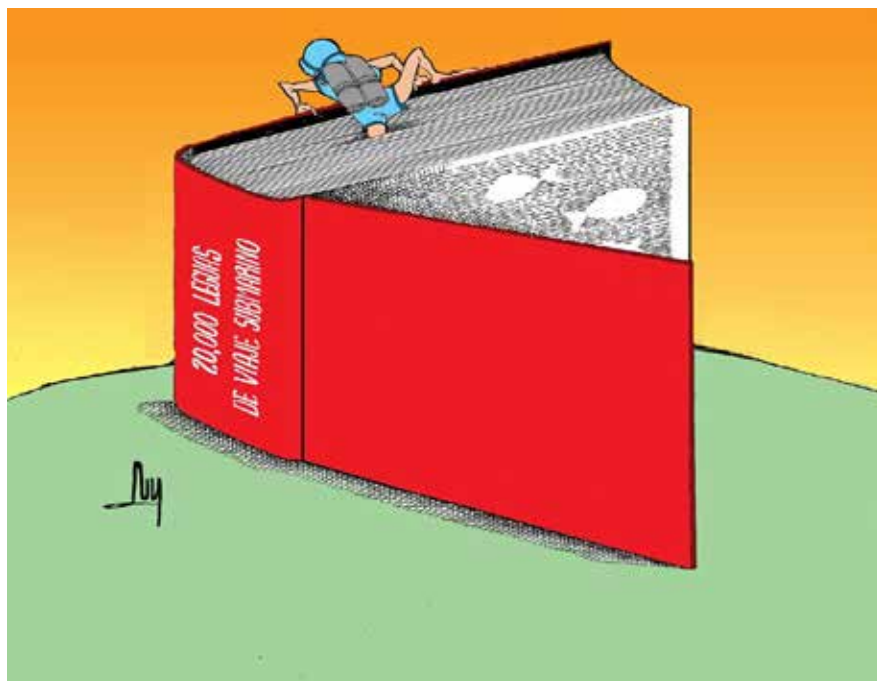
También Sartori fue un idealista de la palabra, al saber confrontar su idealismo contra un avance innegable y en buena medida avasallador de la edad multimedia. Si bien consideró que el avance de la tecnología resulta irreversible, advirtió que ante la imposición de la imagen sobre la palabra, se hace preciso establecer una crítica reflexiva y racional.

¿Quién nos dirá ahora qué viene con las redes sociales y la Big Data? Este personaje, como otros sabios más, deberían vivir más para iluminar a una sociedad cada vez más desinformada y perdida por tanto exceso de sobreinformación.

ÍNDICE

- 3 Ret Marut o B. Traven: dos nombres, un solo escritor**
Por El Bolillo escéptico
- 5 Minicuentos**
Por Claudia Regules Reyes
- 7 Desconocidos**
Faustino Valle Cazares
- 9 El corrector de textos en el punto de mira**
Por Manu de Ordoñana, Ana Merino y Ane Mayo
- 12 Sartori, la tele y la lectura**
Por Paul Martínez
- 16 Apocalipsis**
Por Canuto Roldán
- 18 2014**
Por Luis Villalón
- 20 Errante**
- 21 Lunes de libros con *El Imparcial***

Literatura acuática Por Luy



El Mollete Literario

Mtro. Carlos Ramírez
Presidente y Director General
carlosramirez@hotmai.com

Lic. José Luis Rojas
Coordinador General Editorial
josejrojas@hotmai.com

Montserrat Méndez Pérez
Jefa de Edición y Diseño

Consejo Editorial
+
René Avilés Fabila

Wendy Coss y León
Coordinadora de Relaciones Públicas

Raúl Urbina
Asistente de la Dirección General

El Mollete Literario es una publicación mensual editada por el Grupo de Editores del Estado de México, S. A. y el Centro de Estudios Políticos y de Seguridad Nacional, S. C. Editor responsable: Carlos Javier Ramírez Hernández. Todos los artículos son de responsabilidad de sus autores. Oficinas: Durango 223, Col. Roma, Delegación Cuauhtémoc, C. P. 06700, México D.F. Reserva 15670. Certificación en trámite por la Asociación Interactiva para el Desarrollo Productivo, A. C.

Ret Marut o B.Traven: dos nombres, un solo escritor

Por El Bolillo escéptico

Cuando el acervo literario realizado por un hombre trasciende más de un siglo como lo son las novelas de Ret Maru, mejor conocido como B. Traven, no puede uno pasar inadvertida su obra literaria y su vida. Este enigmático novelista de origen alemán llegó al puerto de Tampico en 1923, y posteriormente se instala en Chiapas donde continúa su obra literaria iniciada en Alemania y Estados Unidos. Al poco tiempo sus novelas escritas en nuestro país se volvieron de culto en la década de los sesenta y setenta, siendo algunas llevadas al cine. Hasta el día de hoy sus novelas se siguen vendiendo en todo el mundo, ya sea por su calidad literaria o el misterio de su nacionalidad y su verdadero nombre.

A cerca de la identidad de B.Traven no se sabe nada, lo que implica no obtener una respuesta. Sin embargo, algunas investigaciones y declaraciones de su segunda esposa, Rosa Elena Lujan, señalan que el escritor le confesó en su lecho de muerte: “Ahora ya puedes decir a todos que yo soy Ret Marut, el anarquista bávaro”. Esto lleva a conocer y a afirmar el origen de este enigmático novelista que escribió en alemán sus primeros textos y libros y firmaba como Ret Marut.

Edita como Ret Marut el periódico anarquista *El Ladrillero (Das Ziegelrenner)*, durante la fallida Revolución Baviera, de la que él era una de los organizadores, es acusado de traición y condenado a ser fusilado, pero escapa y huye a Norteamérica para posteriormente radicar en México en donde muere en marzo de 1969.

Ante el temor de que el gobierno alemán enviara agentes para secuestrarlo en México, es cuando adopta los nombres de B. Torsvan y B. T. Torsvan, Hal Croves, Traven Torsvan, B. Traven, los dos últimos fueron los que utilizó en México.

Así pues, hasta el día hoy sabemos que B.Traven era en realidad Ret Maru,



y fue un joven escritor bávaro, nacido en Alemania en febrero de 1882. La historia de sus publicaciones se inicia en Alemania en 1925, donde aparecen varios relatos acerca de México en revistas de corte socialista, entre ellas la revista *Vorwärts*, que publica el relato titulado “Die Baumwollpflücker” que apareció en partes.

Ya para abril 1926 aparece publicado *El barco de la muerte (Das Totenschiff)*, lo que hace celebre el nombre de B. Traven. De acuerdo a investigaciones y declaraciones de su hijastra, Malú Montes de Oca, Bruno Traven nunca fue su seudónimo, y el nombre de Bruno fue utilizado por los editores piratas.

La B, no era de Bruno, sino la letra que representaba el inicio de la segunda parte de su vida. B. Traven jamás desmintió el nombre, lo que siguió alimentando el misterio en torno a su origen.

De esta manera hemos de pensar que el joven escritor, ante su miedo a ser secuestrado por el gobierno alemán, ideó el nombre de B. Traven para borrar las huellas de su pasado, para sumirse en la vasta geografía de sus novelas.

Ahora bien, qué lo llevó a buscar el anonimato con el seudónimo de B.Traven, o todos los demás nombres que utilizó, hay quien toma como punto de partida el capítulo 2, página 17 del libro de cuentos *El visitante nocturno*, del cual retomamos el siguiente párrafo:

“... Pero podría hacerse famoso.

¿Famoso, dijo usted? No sea ingenio, Gales. ¿Fama? ¿Y qué es la fama después de todo? ¡Una molestia! ¡Sí! Del cielo al infier-

no. Como lo oye. Hoy soy famoso. Mi nombre aparece en todos los periódicos del mundo, en primera plana. Mañana, quizá ni cincuenta personas sabrán escribir mi nombre correctamente. Y pasado mañana, puedo morirme de hambre y a nadie le interesa. Eso es lo que llaman fama. Usted no debería usar esa palabra, Gales. ¡Usted, no! Claro, existe otra clase de fama —gloria—, la que llega después de muerto...”

Ret Marut o B.Traven, quien se nacionalizara mexicano en el año de 1951, dejó un legado literario que aún en este siglo XXI sigue siendo leído por millones en todo el mundo.

Su obra fue basta y en la que plasmó prácticamente todas sus vivencias y experiencias ocurridas en Alemania y en el sureste mexicano.

Su obra inicia en 1925 con la publicación por capítulos: Mis empleos y otras andanzas.

1926 *El barco de la muerte.*

1927 *El tesoro de la Sierra Madre.*

1928 *Tierra de primavera.*

1929 *Canasta de cuentos mexicanos.*

El puente en la selva.

La rosa blanca.

La Carreta.

1931 *Gobierno.*

1933 *Hacia el imperio de la caoba.*

1934 *Trozos.*

1936 *La creación de los soles, un conmovedor mito tzeltal.*

La rebelión de los colgados.

1937 *El general, tierra y libertad.*

1961 *Aslan Norval.*

1967 *El visitante nocturno.*

En toda su obra Ret Marut o B.Traven retoma el hilo dejado por los cronistas del siglo XVI. Muere en su casa de la calle de Mississippi número 61, el 26 de marzo de 1969, a la edad de 89 años. Vivió y murió en el misterio y retomando la frase escrita por él en uno de los párrafos del cuento *El visitante nocturno*: “ existe otra clase de fama la gloria, que llega después de muerto”. Sea pues. ❁



Por Claudia Regules Reyes

Sin título

Extraño su oscuridad, que más parecía venir de mi mirada que de él mismo. Su espejo tenía apenas lo necesario y su casa era azul acerada. Muebles escasos y el fregadero lleno de trastes sucios. Parecía una sala de urgencias abandonada. A veces nos poníamos borrachos y corríamos el uno en pos del otro. Me recibía con una erección.

Sobra decir que en ese lugar no había muestras de cariño, sino sólo fluidos, aromas penetrantes, salvajes. Su mirada feroz se encontraba con la mía, limitada a observar un final que no llegaba. Una explosión libre de entropía.

Extraño esa oscuridad, que más parecía venir de mí que de él mismo. Los espejos frente a nosotros eran sucios y estrechos. Nuestros cuerpos desnudos, unidos por momentos, la misma dureza en la mandíbula y la misma arruga en la comisura izquierda, la misma reserva. A veces se enfurecía y se alejaba en una loca carrera. Me sumía en el odio a mí misma. ❧

Sin título

En los últimos años he buscado hombres que me brinden consuelo. El silencio es consuelo, escuchar sin juzgar es consuelo, comer juntos es consuelo, cuando las manos se juntan es consuelo, querer estar solos, desnudos, es consuelo. Hallar consuelo en el cuerpo del otro. Hombres para los que el control del cuerpo lo es todo, como lo es para mí. Y nuestros cuerpos se tocan sin palabras, sin esperanza. Ellos me ven callada y me saben enferma. Saben caminar a mi lado. Algo me dice que a ellos también les duele algo, de lo cual ya no vale la pena hablar. Y como cuando uno está enfermo, saben hablarme bajito y poco para que las palabras caigan con cuidado, despacito. Uno enferma de ideas y el tacto, entre dos personas, se vuelve todo. ❧

Nanosatisfacción

Me miraba angustiada y colocaba un pedazo de sí en un plato, me daba tenedor y cuchillo. Con un gesto me hacía la invitación. Comencé a cortar pedazos, le ofrecí los cubiertos; pero él negaba con la cabeza y volvió a acercarme el plato. Tenía los ojos vidriosos; yo seguía cortando pedazos cada vez más pequeños, los separaba y se los mostraba. Ambos los examinábamos con detenimiento. Aquellos pedazos de sí no eran lo suficientemente pequeños. Desesperado decía: “¡Demuéstramelo, demuéstramelo!”. Comenzó a desvestirme y a penetrarme como si fuera un muro por derribar. ❧

BRES
2017

Ilustración:
Brenda Olvera
Técnica: Mixta



Metamorfosis

La nube

“Una mañana desperté más dispersa que de costumbre. Lo primero que vi fue la cama debajo de mí como a un metro de distancia. Su lugar estaba vacío y la ventana totalmente abierta cuando siempre había estado cerrada. Observé que tenía masas blancas amorfas en lugar de cuerpo. Pensé: ‘De deseo debí evaporarme por fin’. Escuché entonces cómo se abría la puerta de la sala y el golpe impaciente de un pie contra el suelo. Una corriente de aire me empujó fuera de la ventana y mi ropa y zapatos volaron tras de mí: ‘¡No los necesitaré más, idiota!’. Tan densa era mi tristeza que vagaba gris por los parques deseando que el verdor me brindara consuelo. Me soltaba a llover sobre lo que fuera: niños, perros teniendo coito, parejas besándose”. Así comenzó la historia que me leyó un poeta el día que me vio forma de mujer.

6

El Mollete Literario

Sin título

Era una hoja sobre la tierra cuando me encontré.
Falso es decir que una hoja muerta pueda volver al árbol,
pero me levantó por sobre el tronco hasta la copa,
las direcciones opuestas
me hicieron danzar como una llama,
como flor de luz
vibré en las noches a su lado.
De mi corte la savia escurrió de nuevo. ❧

Sin título

Si tengo perdida la mirada
y parece no haber retorno,
llámame por mi nombre,
en ocasiones lo pierdo
en batallas lejanas. ❧

Ilustración:
Brenda Olvera
Técnica: Mixta

Desconocidos

Por Faustino Valle Cazares

Recordaba el perfil de aquel personaje que conocí en los comentarios de los videos de xvideos, xnxx y pornhub. Él quería un modelo y yo quería hacerme fotos, las tomas eran lo de menos, sólo un pretexto. Él no quería pagar un modelo, no tenía dinero así que recurrió a esta estrategia que se le ocurrió en el baño, funcionó, dos semanas más tarde desde el primer contacto por correo electrónico nos vimos en persona, me pareció una persona amena y *cool*, llevaba unos *Ray Band Aviator* que lo hacían parecer un actor porno.

—Habitualmente no recorro a esas páginas para contactar personas —dijo en tono firme como zafándose de toda culpa y malos entendidos que pueda generar la cita.

—No te preocupes —dije un tanto nervioso.

Caminamos por una calle que había sido mojada por una llovizna delicada, hacía frío, pero era apacible, confortaba e incitaba a encerrarse en un *jersey* de mangas largas, fumar o tomar algo caliente, sin duda era el momento idóneo para tener sexo o hacer el amor. La noche nos agarró por las espaldas, sus luces en el cielo y en los faros se intensificaban cada vez más.

—Ya falta poco —adelantó.

Me quedé en silencio caminando por una calle tapizada de bloques enormes de piedra volcánica. Llegamos a un departamento pequeño, por fuera se podía ver un cuadro enorme, llamaba la atención la técnica realista en un desnudo impecable.

—¿Viste? Qué chido —lo señalé, quería que lo viera.

—Allá vamos —dijo sin prestar mucha atención.

Quién expone a muchos transeúntes un cuadro así —pensé.

Subimos tres pisos que me parecieron eternos, llegué casi muriendo, me faltaba el aire hasta el punto en que un cansancio se apoderó de mí y sólo quise sentarme, tomar algo helado y cobrar la respiración, mientras esto, veía todo a mi alrededor, bocetos, dibujos, cuadros y algunas esculturas

pequeñas, era un museo pequeño.

—¿Tu hiciste todo esto? —pregunté.

—Sí claro —respondió—, por cierto, me llamo Nicolás, Nico está bien y tú ¿Pablo?

—Aja, Pablo —asenté con la cabeza. Ya había cobrado la respiración.

Se metió a una cocina, también pequeña, trajo consigo dos vasos de agua, me dio una. Se quitó los *Ray Band*, de un gabinete sacó un estuche y de él su cámara fotográfica.

—Como te dije —se dirigió a mí sentándose justo en frente, en la mesa de centro de la sala— es fotografía artística, pienso hacer fotos en monocromo, jugar con los contrastes y el claroscuro. Te dije también que sería desnudo o semidesnudo si te cohibe la desnudez, pienso hacer una serie de cuadros al estilo Rembrandt inspirándome en la foto —no entendí nada, pero intuí que estaría bien.

—Me parece perfecto —respondí.

Se quitó su chamarra, se quedó en una camiseta con estampado floreado.

—¿Dónde puedo quitarme la ropa? —pregunté.

—Donde gustes —respondió mientras limpiaba una zona del departamento dándome la espalda.

—¿Haces esto seguido? —pregunté para aliviar la tensión.

—Sí, sólo que ahora recorro a esas páginas porque re-



nuncie a mi trabajo y no tengo mucho dinero para pagar un modelo profesional, en vez de eso contacto gente por la internet y bajo un acuerdo, como el nuestro, acceden y ambos quedamos satisfechos.

—Ya veo... —dije con una voz apagada dentro de mi camisa.

Todo pasó sin interrupciones, posé por aproximadamente dos horas, sentado, acostado, de rodillas, de espalda, erecto y flácido, abrumado, con pena y de repente sin ningún tapujo, con cierta libertad de estar frente a un extraño del cual horas antes sólo sabía su nombre y que se dedicaba al estudio y la exploración del arte en diversas manifestaciones. Imaginé aquel lugar en el que estaba con otros modelos, quizá algunas mujeres, todos sin ropa, de repente la escena se convierte en un capítulo del Marqués de Sade y me entra cierto temor, pero se desvanece cuando irrumpe para darme las gracias y decirme que estuve perfecto. Mientras me visto, veo la hora y nos han dado la una y diez de la mañana.

—¿Te tomas algo o llevas prisa? , preguntó.

—Es viernes, no trabajo mañana, te acepto la bebida.

Pasaron horas entre música de Guns and roses, Ramones, Janis Joplin, Depeche Mode, etc. Bebimos todo en las rocas hasta no sé qué hora de la mañana, recuerdo escenas en donde hacía preguntas estúpidas del amor, de política,

ciencia y las artes, él de vez en cuando se paraba cerca de una ventana a fumar marihuana, desde ahí me hablaba de la comodidad de andar en ropa interior y de lo mucho que le gusta su vecindario. Se metió dentro de una puerta blanca, a mí la cabeza empezaba a darme vuelta, oía la música y movía el cuerpo suave al ritmo de ella, tomaba bocanadas de aire, bostezaba lo más fuerte posible, de alguna manera u otra creía que esto me mantendría despierto. Salió de la puerta en ropa interior. Sirvió más tragos, yo me tapaba la cara intentando arrastrar el sueño fuera de mí. Cuando se acabó lo que teníamos para beber trate de recostarme en el sofá para quedarme dormido pero Nico insistió en que me fuera a la cama, yo no podía dar un paso más, los dos ayudados por un espíritu de fuerza no común nos dirigimos a esa puerta de donde emergió semidesnudo, no sé si flotábamos, pero avanzábamos, entre cerraba los ojos para volver abrirlos con más fuerza, no podía más que ceder al sueño. Por la mañana al pasar un poco la embriaguez, desperté,

Nico tenía una pierna sobre mí y sentía algo erecto sobre mi pantalón, era su pene, claro. Desperté con todas las dudas incuantificables, pensé en los momentos que debía poner en orden, empecé por reconocer el lugar, ya veo, es el cuarto de Nico, despacio trato de salirme de su pierna y su pene, pero era imposible, Nico era una roca inamovible, no lo pienso más y me escabullo.

Busco el baño, lo encuentro al fondo de un pasillo de apenas sesenta centímetros de ancho, me veo en su espejo, me froto las manos en la cara para reconocerme, ahí estoy, bostezo para espantar mi sueño pero no se aleja, orino los últimos grados de alcohol. En el cesto de ropa sucia hay ropa interior de mujer, una tanga brasileña color coral manchada con sangre, no presto mucha atención, termino y quiero volver a dormir, paso por la sala, pienso en acostarme en el sofá pero es imposible, está mojada toda, vuelvo a la cama ya tibia, levanto la sabana y me adentro en ella, me dispongo a dormir como feto pero no es conveniente, Nico inconscientemente accede al intento de una posición de cuchara, yo siento, como hace muchos años atrás, un pene erecto que con cada movimiento resbala en mis glúteos, espalda baja y piernas... años atrás —recuerdo. Estaba con mi padrastro jugando. Pienso cómo llegué hasta aquí. ☪



El corrector de textos en el punto de mira

Por Manu de Ordoñana, Ana Merino y Ane Mayoz

9

El Mollete Literario

Con este artículo queremos ensalzar ese oficio histórico que surgió con la aportación de la imprenta y para el que hacen falta una gran concentración y muchos conocimientos generales y que —a la vista de los errores que, diariamente, aparecen en las ediciones tanto de prensa como de libros— está en horas bajas: el corrector de textos.

“Para aceptar la necesidad de esa figura, el autor tiene que hacer un ejercicio de humildad y darse cuenta de que uno mismo es el peor corrector de su propio texto y de que se necesita un ojo entrenado, imparcial y conocedor de los recursos para que el texto brille por su calidad”.

Vamos a comenzar por traer a colación una de las premisas que se lanzaron en el X Seminario internacional de lengua y periodismo: Los correctores hacen mejores escritores y periodistas. Según lo vemos nosotros, un texto bien escrito es la mejor tarjeta de presentación tanto para un particular como para el más laureado de los literatos.

El 27 de octubre se celebra su día, el Día Internacional de la Corrección o Día del Corrector de Textos. Fue instaurado en el año 2006 por la Fundación Litterae de Argentina y se puso en honor al pensador y humanista Erasmo de Rotterdam por coincidir con su natalicio. Desde entonces hemos visto cómo este oficio ha ido evolucionando o, mejor dicho, se ha especializado en función de su objetivo: corrector de estilo, verificador de hechos y lector de sensibilidad, que está haciendo fortuna últimamente.

Vamos a concretar mejor su función. Tendemos a pensar que un corrector sólo debe corregir los errores ortográficos

y gramaticales, pero nos equivocamos. Lo que, a continuación, mostramos no es más que un resumen de su arduo trabajo:

Revisar el contenido, ese que logra hacer que el texto sea comprensible y no contenga pasajes de difícil interpretación.

Fijarse en que las relaciones entre las distintas partes del texto reflejen la buena conexión de las ideas que, con anterioridad, estaban en la mente del autor.

Adecuar el contenido a la situación comunicativa, evitando, por ejemplo, los coloquialismos excesivos en un texto formal y los términos cultos en una situación informal.

Facilitar la lectura a través de la claridad y el orden, guiándole al lector a través de las recapitulaciones, resúmenes...

Buscar el equilibrio de los párrafos para que no se excedan en sus dimensiones.

Cuidar el aspecto formal del texto, con el fin de no dar la impresión de dejadez.

Controlar los recursos retóricos o efectistas (la metáfora, la ironía). Así

su utilización tendrá un fin claro y comprensible.

Velar por la buena presentación, los márgenes, y por los criterios de utilización de mayúsculas, comillas, citas, palabras extranjeras, expresiones gastadas...

Fijarse en que el estilo sea correcto, claro, natural.

Y, también, analizar con lupa la sintaxis.

Después de esta extensa lista de tareas, ¿todavía alguien piensa que su figura no es imprescindible? O dicho de otra manera ¿hay algún escritor que sea capaz de rechazar un ayudante tan eficaz? La respuesta es que sí, a la vista de todas las erratas que constantemente leemos en la prensa y en muchas publicaciones. Algún avispa puede venir con la milonga de que hoy en día los correctores informáticos son de gran ayuda. Cierto, pero también plantean nuevos problemas como, por ejemplo, el hecho de que no discriminan categorías gramaticales, ya que corrigen sistemáticamente siguiendo



un criterio por defecto, lo que hace que cometan, con mucha frecuencia, varios errores.

Para aceptar la necesidad de esa figura, el autor tiene que hacer un ejercicio de humildad y darse cuenta de que uno mismo es el peor corrector de su propio texto y de que se necesita un ojo entrenado, imparcial y conocedor de los recursos para que el texto brille por su calidad.

Desde luego, lo que está claro es que, si esa figura existe hoy en día en las editoriales de cierta relevancia, se ha relajado. Pérez Reverte lo dice con cierta nostalgia: Ya no hay gente así en las redacciones. Ni corrector de estilo, ni viejos maestros con la clave del gran periodismo en los ojos cansados.

No queremos acabar este artículo sin hablar de la nueva versión de este corrector de estilo, el lector de sensibilidades, que parece ser una tendencia emergente en Estados Unidos. Alfonso Álamo nos da las claves: muchos autores se han encontrado con que sus libros han sido mal recibidos por la for-

ma en la que, posiblemente de manera involuntaria, han tratado a personajes, tanto por su sexo como por su religión o raza. Para evitar esto, se ha creado una nueva figura dentro del panorama editorial, el lector de sensibilidad, quien se dedica a revisar el texto para evitar ofensas.

Tal como lo plantea, lo primero que se nos puede pasar por la cabeza es la imagen del censor de antaño. Desde luego, la línea divisoria entre ambos es muy fina. Cualquier escritor que esté redactando algo ahora mismo se lo pensará dos veces antes de utilizar determinada palabra por miedo a las avalanchas de opinión que lo puedan tachar de racista, machista o elitista. Esta situación puede generar diálogos grotescos como los que nos muestra, a través de su marcado sentido del humor, Quim Monzó, en su artículo *El ojo que nos vigila*. Pero también puede derivar en el esperpento, como le sucedió a Javier Marías quien recibió una asombrosa carta desde Holanda: El remitente me decía que el adjetivo

“agradable” con que había calificado a Obama (supongo que contraponiéndolo al muy desagradable Trump) le parecía “despreciativo”, porque era mucho más que eso. Me eché a reír y me quedé perplejo. Sin duda Obama es más, pero ¿desde cuándo es despreciativo “agradable”?

La anécdota nos parece ilustrativa de la incómoda situación en la que se puede ver envuelto un escritor, y como nosotros, en este mismo instante, estamos en ella, vamos a quitarle hierro al asunto y aportar un poco de cordura. Decía Ramón Gómez de la Serna, ya en 1914: El temor a la errata es la única inmoralidad que puede cometer un escritor que escriba con libertad y libertinaje. Así que... ¡ojito a la errata y menos avalanchas! 🍷

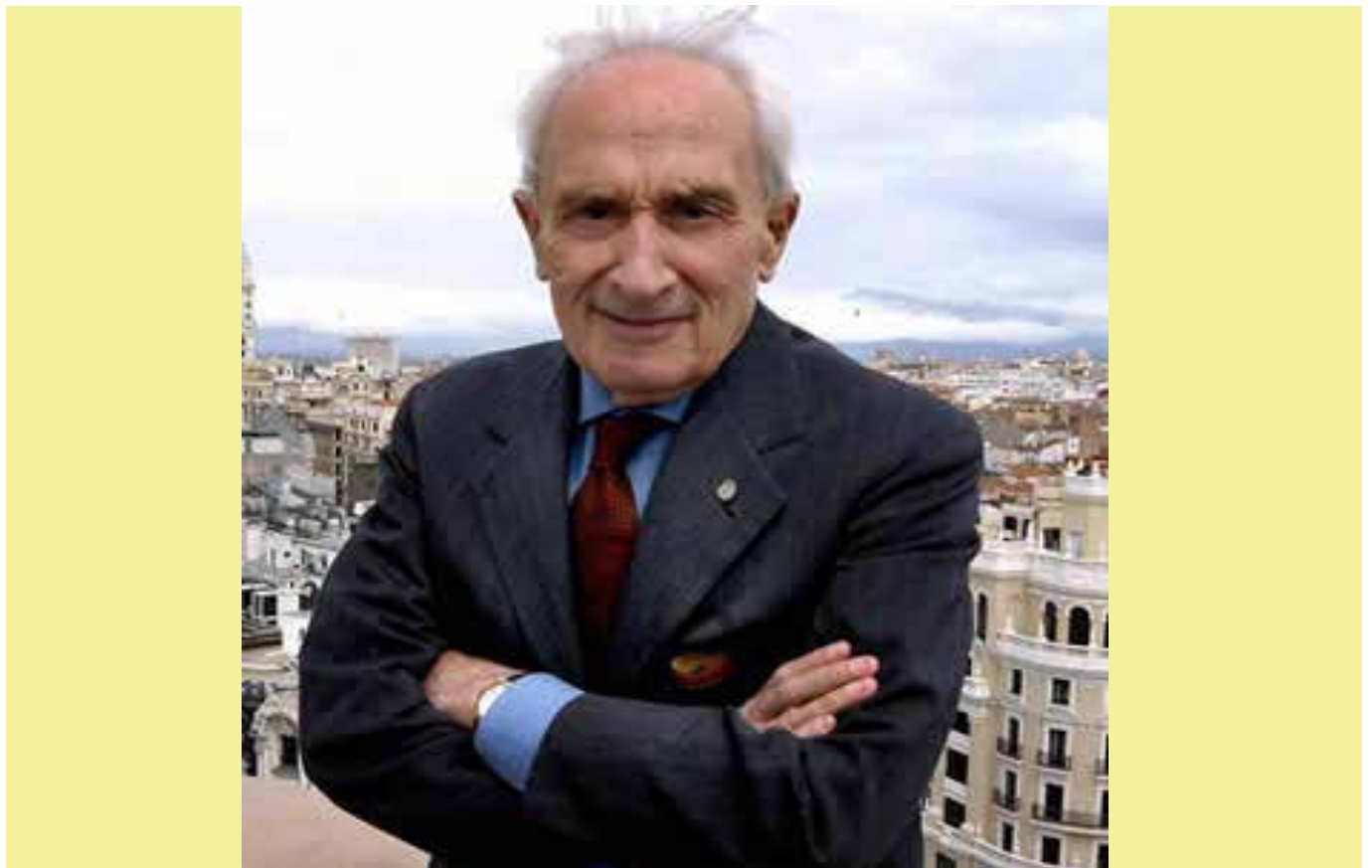
Sartori, la tele y la lectura

Por Paul Martínez

sparring_loto@hotmail.com
@sparringloto

*“Todo acaba siendo visualizado.
Pero ¿qué sucede con lo no visualizable (que es la mayor parte)?”.*
Giovanni Sartori

“Lo esencial es invisible a los ojos”.
Saint-Exupéry



Sartori escribe *El Homo Videns: La sociedad teledirigida* en 1997. La obra es de amplia distribución y, se podría decir que en general, la tesis que Sartori presentó en ella resulta en buena medida de dominio público. La prevalencia de la imagen sobre la palabra erosiona la capacidad del ser humano para producir conocimiento abstracto. De apariencia simple, la lectura de Sartori sobre el impacto de la multimedia en el ser humano termina por adquirir la cualidad de trascendente.

“La imagen es, afirma Sartori. Por sí misma se ofrece como una realidad tangible, por tanto representativa para el mundo del televidente, no precisa en modo alguno de una explicación, de una reflexión racionada que la traslade al universo comprensible”.

Sartori fue un idealista de la palabra que supo confrontar su idealismo contra un avance innegable y en buena medida avasallador de la edad multimedia. Es en este sentido en el cual enabla una resistencia crítica de una lucidez admirable. Pues si bien consideró que el avance de la tecnología resulta irreversible, advirtió de manera conscientemente radical que ante la imposición de la imagen sobre la palabra se hace preciso establecer una crítica reflexiva y racional.

Extraigo aquí para ejemplificar el planteamiento central de Sartori respecto a los efectos de la televisión como medio de formación de los nuevos seres humanos.

Lamentamos el hecho de que la televisión estimule la violencia, y también de que informe poco y mal, o bien de que sea culturalmente regresiva (como ha escrito Habermas). Esto es verdad. Pero es aún más cierto y aún más importante entender que el acto de telever está cambiando la naturaleza del hombre.

(Sartori, 1998, pág. 11)

Sartori hace hincapié en un punto de inflexión que va más allá de los efectos visibles que de la exposición al televisor se pueden argüir, cierto que menciona que a menudo nos quejamos de que los contenidos violentos exhibidos en tv producen a su vez réplicas en la vida real, sin embargo extiende su crítica hacia un aspecto todavía más oculto.

¿Qué efectos produce la televisión en los procesos cognitivos del televidente? ¿Cómo aprenden a aprender los nuevos seres humanos expuestos a la pedagogía de la televisión? ¿Qué cambió en la naturaleza del ser humano a partir de ella?

Para Sartori, la televisión aparece en principio como un medio de comunicación que a la prostre se transformó en medio de entretenimiento y que finalmente devino en modelo pedagógico. El problema, pues, no queda zanjado en lo que se transmite por el medio, sino en el medio mismo, que al convertirse en un modelo pedagógico se transforma en maestro por antonomasia. Estableciendo así, un nuevo proceso cognoscitivo.

Hasta la invención de la radio, Sartori afirma, el proceso cognoscitivo estaba anclado en la palabra, la palabra era el primer paso para comprender el mundo, se podría decir que si no existía una palabra que nombrara el objeto, el objeto no tendría relevancia en el mundo. A grandes rasgos, el proceso de aprehensión del universo con el que contaba el ser humano, consistía en elaborar un concepto, una palabra, para de este modo poder figurar una imagen representativa con valor cognoscitivo. Leíamos e imaginábamos, en ese orden. En este sentido, la televisión al imaginar, crear una imagen y ofrecerla de manera directa, elimina la necesidad de elaborar un concepto que la defina.

La imagen es, afirma Sartori. Por sí misma se ofrece como una realidad tangible, por tanto representativa para el mundo del televidente, no precisa en modo alguno de una explicación, de una reflexión racionada que la traslade al universo comprensible.

Aunque en principio esto podría traducirse en una especie de progreso, pues suponemos que la imagen facilita el proceso de aprehensión del conocimiento, finalmente para conocer precisamos de crear una imagen, el hecho de que la imagen se presente como un producto terminado, un objeto perceptible y por tanto relevante ya en el mundo, produce en el televidente la ilusión de un aprendizaje.

¿Por qué hablar de una ilusión y no de un conocimiento real? Aunque bien se podría argumentar que la imagen en sí es también un modo de conocer el mundo, baste con pensar en cómo a través de la observación somos capaces de reproducir comportamientos que bien podrían considerarse como aprendizajes significativos, estos no lo serán sino hasta que se haya establecido un proceso completo de comprensión, es decir, la sola visión no nos otorga un conocimiento relevante.

Ejemplifiquemos: El niño que en el establecimiento comercial intenta por sí mismo hacer una compra. Podríamos decir que efectivamente ha recibido una enseñanza con el mero acto de ver a sus padres realizar este ejercicio, sin embargo no tardaremos en darnos



cuenta de que en realidad sólo se trata de una ilusión, pues para que el ejercicio sea completado, es preciso que el infante comprenda claramente la noción de comercio, que tenga un bagaje suficiente para entender que no se trata únicamente de acudir al establecimiento y pedir aquello que se desea, sino que es necesario realizar un intercambio, dar al dependiente algo que él requiere para recibir lo que deseamos. Así pues, ahora podemos afirmar que ver no es precisamente aprender.

De tal modo, aunque la televisión nos permite ver el mundo, y con ello se produce la idea de un avance significativo en el proceso de comprensión del universo en que habitamos, esto sólo sucede cuando el televidente ha llevado un proceso de formación en el cual se ha instaurado una necesaria reflexión crítica, lo cual en la mayoría de los casos no resulta evidente.

Las recientes generaciones hemos sido educadas a partir de la imagen, fincamos nuestro aprendizaje en el acto de percibir a través de la vista, en esto no somos significativamente distintos a nuestros ancestros primitivos, ni siquiera estamos lejos de otras especies animales. Sin embargo, podríamos afirmar que en el caso de nuestros ancestros, la necesidad de elaborar conocimientos abstractos resultaba cuando menos poco necesaria en tanto que su relación con el mundo estaba basada en una experiencia

directa, veían aquello que podría ser su alimento o de lo que podrían ser alimento, salvando el conocimiento básico para la supervivencia, no precisaban de mucho más.

Habría que preguntarnos, ¿para el mundo que habitamos nos es suficiente con sobrevivir? Me atrevo a responder con categoría. No, no nos es suficiente.

En esto estriba la importancia de la elaboración de conocimiento abstracto. Si nos asumimos como seres racionales, enclavados en un proceso histórico y con ambiciones de desarrollo cultural, entonces la comprensión del universo que pretendemos desarrollar resulta inevitable, pues ese universo es en todo momento simbólico.

La tecnología multimedia nos pone en contacto, virtual-visual, con realidades en extremo lejanas a nuestra vida física, cada vez más trasladamos sentidos y significados a estas realidades, lo cual sin duda representa un cambio trascendental en la forma en que nos relacionamos con el mundo, sin embargo, en el proceso hemos olvidado acompañar este proceso con otro, de igual o quizás mayor importancia, la formación de seres humanos capaces de vivir en él.

La profecía de Sartori resulta cada vez más evidente:

Sé perfectamente que en un periodo de tiempo no demasiado largo una mayoría de la po-

blación de los países opulentos tendrá en casa, además de la televisión, un mini ordenador conectado a Internet. Este desarrollo es inevitable y, en último extremo, útil; pero es útil siempre que no desemoquemos en la vida inútil, en un modo de vivir que consista sólo en matar el tiempo.

(Sartori, 1998, pág. 12)

La tecnología multimedia alcanza cada vez más los espacios físicos en que vivimos, sin que quienes los habitamos, tengamos claro qué es lo que esto significa para nosotros, trasvasamos sentido de nuestra realidad simbólica a la realidad virtual, sin darnos cuenta de que estos precisan más que de una memoria que los almacene para siempre, de un pensamiento que los pueda traducir en experiencias significativas.

Sartori, ya lo dije, fue un idealista de la palabra, más aún, de la palabra escrita, y quizás en esto radica su mayor legado, pues si bien, supo leer la complejidad del tema, nos deja una breve y sencilla receta.

Aunque no desespero, tampoco quiero ocultar que el regreso de la incapacidad de pensar al pensamiento es todo cuesta arriba. Y este regreso no tendrá lugar si no sabemos defender a ultranza la lectura, el libro, y en una palabra, la cultura escrita.

(Sartori, 149). ❶

Apocalipsis

Por Canuto Roldán

poetwithoutlanguage@gmail.com

Ay mujer,
la otra noche
hasta respirar dolía.
Y es que pura comezón era mi piel
entre sus brazos.
Frialdad era mi nombre
entre sus besos.
Frialdad mis manos
ahogándose en su piel.

Ay mujer,
vino a despertar mi tacto
hasta volverlo hondo y hueco,
vino a despertar mi soledad
como la única seguridad,
la única paciencia.

Y es que amigo era tu amigo,
mi amado era tan nuestro,
su hambre, nuestra hambre,
su nombre impronunciable,
también nuestro.
Tanta noche fue su palabra
que su lengua apagó todo sentido.
La boca que enseñaste a hablar
él volvió murmullo, escrito, rezo
*

Luego de besar tus muslos
con mis muslos,
tus ojos con mis ojos.

Después de la mano abierta
como una plaga llegó el silencio,
el murmullo feroz de un dios
que se descubre también abandonado,

también en soledad,
también en muerte.

*

Si tú lo has visto,
mujer,
dile que vuelva.
Si tú lo has visto, *hermana, esposa,*
acércalo a mí.
Dile que estoy enfermo,
de amor pero enfermo.
Dile que las vigas bien erguidas están
en nuestra casa
para darle posada a su presencia.
Dile que mis *rezos* son espinas
pero rezos,
pero flor.
Dile que no sé estar sin él
porque ha enraizado
y su olvido es mi costumbre,
su placer
mi explosión.

*

Luego de la danza de los cuerpos,
de la muerte como una mansa oscuridad
de rezos y de gemidos,
la bomba cae
como un ángel vengador
sobre Sodoma
y arruina el edificio
de esa soledad
que lo perdona todo.

El fuego llueve
y la explosiva nube
que sigue tras el derrumbe
abraza la jauría de recuerdos. ❶

¿Te gustaría formar parte de **El Mollete Literario**?

Buscamos talento:

Cuento

Minificción

Ensayo (no académico)

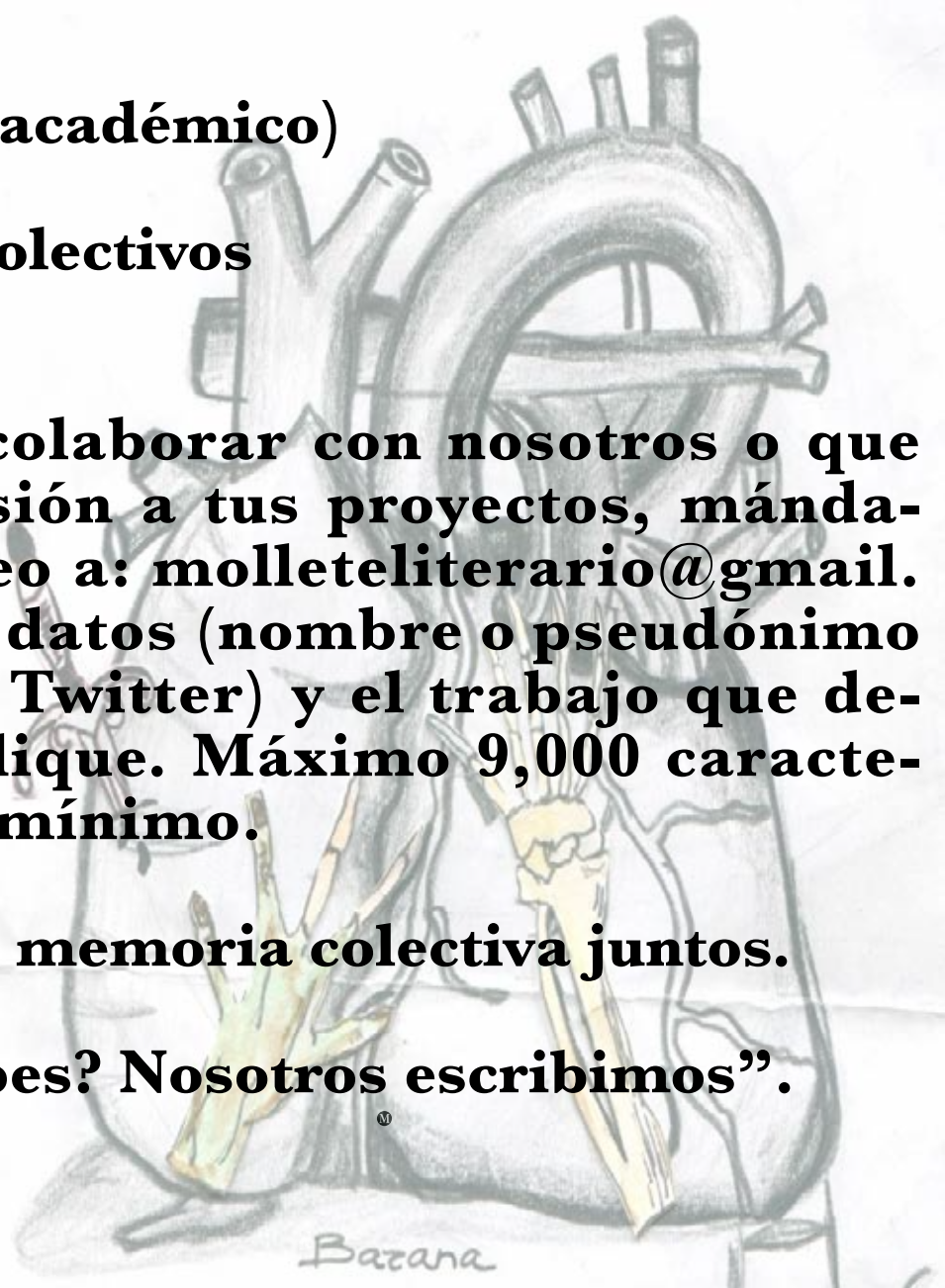
Fotografía

Proyectos colectivos

Si deseas colaborar con nosotros o que demos difusión a tus proyectos, mándanos un correo a: molleteliterario@gmail.com con tus datos (nombre o pseudónimo y cuenta de Twitter) y el trabajo que desees se publique. Máximo 9,000 caracteres. No hay mínimo.

Generemos memoria colectiva juntos.

“¿Tú escribes? Nosotros escribimos”.



2014

Por Luis Villalón

Cada viernes había una fiesta cuando las clases terminaban a las 11:00 a.m. o si no, siempre estaba “El buen sabor”, un billar y restaurante familiar que albergaba hordas de preparatorianos buscando un sitio para embriagarse hasta la autorepugnancia. Caguama Sol Brava, vodka Oso Negro con jugo Amí de uva, mezcal Tonayan con Clight de horchata, mariguana cortada con orégano.

18

El Mollete Literario

Tenía una novia bonita de la que estaba perdidamente enamorado, pero, a los 17 años estás perdidamente enamorado de todas las demás, estaba enamorado de Denise y de Denia, de Rosita y Pamela, de Leti y Sandra, de Alma y Consuelo, de Alice y Vero. Y un montón más cuyos nombres no puedo recordar pero sus rostros y cuerpos están impresos latentemente en mi memoria; me gustaría tener las virtudes del escultor para reproducir con minuciosidad neurótica cada detalle de esas niñas sin nombre.

En la fiesta de América, ésta quedó borracha al punto de la inconsciencia, me ofrecí para prepararle un trago, no sé porqué pero me oriné un poco en su bebida, creo que sólo lo hice por los resultados humorísticos, no recuerdo que me haya gustado en algún momento América, no puedo adjudicar urolagnia a mi comportamiento. Al ver que la pobre chava bebió mis orines sin siquiera percatarse de lo que estaba tomando un dejo de remordimiento llegó a mi consciencia, para compensarla o quizás expiar mis culpas, cité a mis amigos alrededor mío y les dije que haría un truco de magia, tomé una botella de plástico vacía y me oriné dentro de ella, acto seguido le di un gran sorbo, no duró mucho, la repugnancia fue total y terminé vomitando, me limpié la boca con la manga de mi playera y seguí emborrachándome como si no hubiera un mañana hasta terminar sentado en el suelo, recargado en la pared; tomé una siesta.

Una chica morena y flaca me despertó tocándome el hombro, —¿Bailamos?—, accedí, me reincorporé y limpié otra vez con la manga un nuevo vómito que tenía adherido y seco a la comisura de los labios. Bailamos una salsa de algún

intérprete de nombre gringo con apellido latino. Me gustaba sentir su cintura delgada y cálida, usaba una ombliguera por lo que podía palpar su suave piel durante la danza. Me contó que creía en la Santa Muerte y que ésta era muy milagrosa, me resultó curioso pero no le di mayor importancia, sólo escuchaba y asentía, con la borrachera me costaba trabajo bailar y mantener una conversación al mismo tiempo. Creo que bailamos dos salsas, me cansé y regresé con ella a sentarme donde hace unos minutos dormía. Le pregunté que si tenía mota, me dijo que no pero que podía conseguir, le dije que lo hiciera, fue a hablar con uno de sus amigos y regresó con un hitter azul rey lleno a la mitad de mariguana quemada, fumé y se la cedí, ella no fumó, compartimos una caguama de cerveza Indio, bebiendo ambos de la botella.

No recuerdo de qué hablamos, pero me sentí muy cómodo, nos besamos varias veces, parecía no importarle que yo hubiera vomitado y no me haya cepillado los dientes, supongo que ella no me vio bebiendo mis propios orines. Besaba muy bien, con violencia, su lengua retorciéndose frenética dentro de mi boca, repegando su caluroso cuerpo al mío, sujetando con firmeza mi cabeza mientras sus dedos se hundían en mi cabello, yo la abrazaba del talle, frotando mi pene a su vientre dada mi altura.

Mi casa se encontraba a una media hora caminando de la fiesta. La invité a ir, aceptó. En el camino me habló de sus lecturas del Código Da Vinci, me pareció interesante, le hablé de Nietzsche pese a nunca haber leído de primera mano su obra y sólo saber de su pensamiento por hojear algunos aforismos y por clases de CCH de filosofía, ambas obras

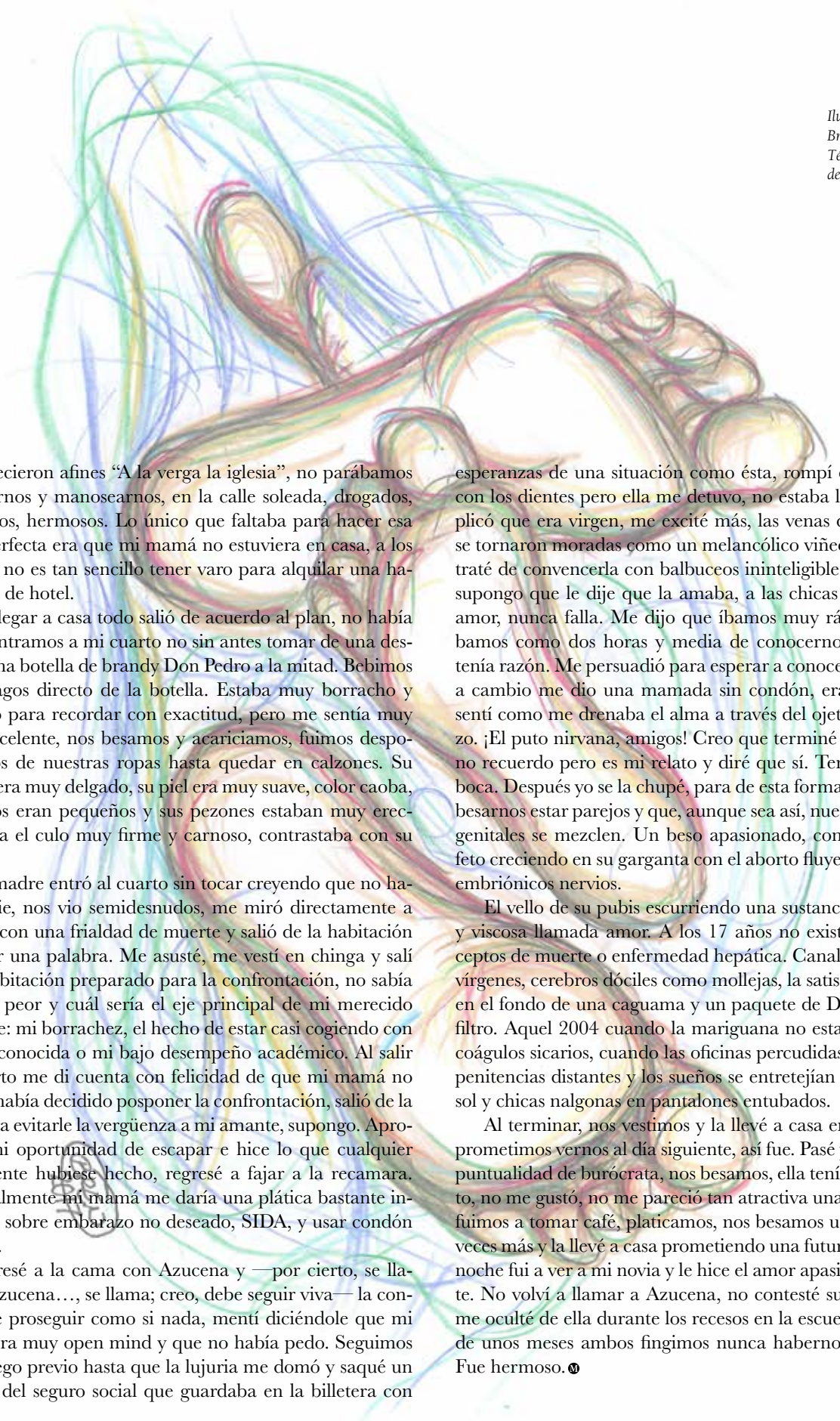


Ilustración:
Brenda Olvera
Técnica: Lápices
de color

nos parecieron afines “A la verga la iglesia”, no parábamos de besarnos y manosearnos, en la calle soleada, drogados, borrachos, hermosos. Lo único que faltaba para hacer esa tarde perfecta era que mi mamá no estuviera en casa, a los 17 años no es tan sencillo tener varo para alquilar una habitación de hotel.

Al llegar a casa todo salió de acuerdo al plan, no había nadie, entramos a mi cuarto no sin antes tomar de una despena una botella de brandy Don Pedro a la mitad. Bebimos unos tragos directo de la botella. Estaba muy borracho y drogado para recordar con exactitud, pero me sentía muy bien, excelente, nos besamos y acariciamos, fuimos despojándonos de nuestras ropas hasta quedar en calzones. Su cuerpo era muy delgado, su piel era muy suave, color caoba, sus senos eran pequeños y sus pezones estaban muy erectos, tenía el culo muy firme y carnoso, contrastaba con su flacura.

Mi madre entró al cuarto sin tocar creyendo que no había nadie, nos vio semidesnudos, me miró directamente a los ojos con una frialdad de muerte y salió de la habitación sin decir una palabra. Me asusté, me vestí en chinga y salí de la habitación preparado para la confrontación, no sabía qué era peor y cuál sería el eje principal de mi merecido reproche: mi borrachez, el hecho de estar casi cogiendo con una desconocida o mi bajo desempeño académico. Al salir del cuarto me di cuenta con felicidad de que mi mamá no estaba, había decidido posponer la confrontación, salió de la casa para evitarle la vergüenza a mi amante, supongo. Aproveché mi oportunidad de escapar e hice lo que cualquier adolescente hubiese hecho, regresé a fajar a la recámara. Eventualmente mi mamá me daría una plática bastante incómoda sobre embarazo no deseado, SIDA, y usar condón siempre.

Regresé a la cama con Azucena y —por cierto, se llamaba Azucena..., se llama; creo, debe seguir viva— la convencí de proseguir como si nada, mentí diciéndole que mi mamá era muy open mind y que no había pedo. Seguimos en el juego previo hasta que la lujuria me domó y saqué un condón del seguro social que guardaba en la billetera con

esperanzas de una situación como ésta, rompí el empaque con los dientes pero ella me detuvo, no estaba lista, me explicó que era virgen, me excité más, las venas de mi verga se tornaron moradas como un melancólico viñedo siciliano, traté de convencerla con balbuceos ininteligibles de briago, supongo que le dije que la amaba, a las chicas les gusta el amor, nunca falla. Me dijo que íbamos muy rápido, llevábamos como dos horas y media de conocernos, creo que tenía razón. Me persuadió para esperar a conocernos mejor, a cambio me dio una mamada sin condón, era excelente, sentí como me drenaba el alma a través del ojete del chorizo. ¡El puto nirvana, amigos! Creo que terminé en su boca, no recuerdo pero es mi relato y diré que sí. Terminé en su boca. Después yo se la chupé, para de esta forma, al volver a besarnos estar parejos y que, aunque sea así, nuestros fluidos genitales se mezclen. Un beso apasionado, conceptivo, un feto creciendo en su garganta con el aborto fluyendo por sus embrionarios nervios.

El vello de su pubis escurriendo una sustancia cristalina y viscosa llamada amor. A los 17 años no existen los conceptos de muerte o enfermedad hepática. Canales auditivos vírgenes, cerebros dóciles como mollejas, la satisfacción está en el fondo de una caguama y un paquete de Delicados sin filtro. Aquel 2004 cuando la marihuana no estaba llena de coágulos sicarios, cuando las oficinas percutidas resultaban penitencias distantes y los sueños se entretejían en rayos de sol y chicas nalgonas en pantalones entubados.

Al terminar, nos vestimos y la llevé a casa en microbús, prometimos vernos al día siguiente, así fue. Pasé por ella con puntualidad de burócrata, nos besamos, ella tenía mal aliento, no me gustó, no me pareció tan atractiva una vez sobrio, fuimos a tomar café, platicamos, nos besamos unas cuantas veces más y la llevé a casa prometiendo una futura cita, en la noche fui a ver a mi novia y le hice el amor apasionadamente. No volví a llamar a Azucena, no contesté sus mensajes, me oculté de ella durante los recesos en la escuela. Después de unos meses ambos fingimos nunca habernos conocido. Fue hermoso. ♀

La Capilla Errante, 8 de abril de 2017, San Cosme


Versificar, rezar, rockear son actos en los que reflexiona la palabra y se genera comunidad. Sin embargo, cada uno de los tres actos mencionados arriba se interiorizan y se expanden de manera diferente hasta concretarse en un espacio específico: la academia, la iglesia o el auditorio, o bien, la bohemia, el ritual y los festivales, respectivamente. *Errante, poesía para andar* fue un evento albergado en la Capilla británica que nos permitió reencontrarnos en el camino con Martha Mega, César Cañedo, Valeria Guzmán, Omar Ortiz, Lau To-petite y Damián Rayo, Emilio Palacios, Fausto, Max Chá, Rosario Loperena, Herson Barona, Rodrigo Bonillas, César Bringas y un servidor. Las diferentes palabras, memorias, dolores plegarias, texturas, candores, rugidos, reclamos, nostalgias, disquisiones, preguntas, iluminaciones, protestas le hicieron frente a las tumbas, fosas y epigramas que estuvieron antes en este sitio de la San Cosme.

Fue muy grato descubrir que la diversidad tiene ganas de escucharse, de transformar los muros que limitan un espacio en un marco seguro y abierto para cuestionar y explorar los sentires de todos. La poesía, se vuelve pues aquí el tránsito, una carta de navegación para el naufragio cotidiano... y es que necesitamos escucharnos... y es que amamos hacerlo. Amamos saber que nos buscamos unos a otros para intercambiar palabras, deseos, plegarias. Nuestra voz es la voz que reúne críticamente. En *Errante* hemos deambulado del espacio educativo a la casona escondida tras Reforma, el templo transformado en un espacio cultural para volver de nuevo al centro educativo donde aprender es intercambiar, enfrentar el miedo a ser escuchado y encontrarse diferente. Amamos divagar, cambiar de ruta, descubrir nuevos horizontes y revisitarnos. En la travesía hemos decidido probar hasta volvernos sustentables y eso sucede cuando la diferencia es una forma de vida que alimenta de diferentes maneras y nos recibe con las puertas abiertas para descansar, celebrar o resignificar nuestros espacios.

Impera Jam Errante, 14 de abril de 2017, Zona Rosa

Esta vez *Errante, poesía para andar* e *Impera Jam* nos llevaron a un rumbo diferente. El anterior no generó un ingreso, conservó el formato íntimo y el pequeño foro atascado renovaba su aforo con el transcurrir de las horas. Este *Errante*, se abre ahora a un nuevo género, la improvisación, el jazz, el verso *in situ*. Los dos errantes organizados anteriormente han generado un ingreso para nuestros artistas colaboradores, sabemos que aún es un ingreso simbólico, que un *performance* de 20 minutos implica un gran tiempo dedicado, un arduo trabajo consigo y su entorno. Seguiremos trabajando hasta que la creatividad colectiva sea sustentable.

Nos valió, pues, que fuera Viernes Santo y decidimos amotinarnos para celebrar nuestros rituales, un poco porque hemos olvidado de qué trataban los otros, otro poco porque queremos conservar el hábito de encontrarnos y dedicar nuestra energía y fuerza a una necesidad y un placer común: la creatividad. Por eso seguimos generando una comunidad sustentable que se quiere escuchar más y mejor, por eso compartimos con placer para empoderarnos, aprender, echar el flow, coincidir ritmos, en fin, entendernos para crear colectivamente. Vamos a ver con quiénes coincidimos y cuántos caminos nuevos se nos muestran, cuántos cantos se vuelven himnos esta noche, cuántos movimientos recorrerán nuestros oídos y electrificarán nuestro esqueleto.

Esta noche el destino del *cóver* es otro. Aún no sabemos a quién lo dedicaremos pero seguro será al que a todos nos conmueva, al que a todos nos invite fluir hacia su delta tropical, su oleaje más profundo. Acumular individualmente no es nuestra meta porque el placer es el que da poder y no el poder el que da placer. Este Viernes Santo nos reúne en Zona Rosa el acto de compartir, de arder juntos, de improvisar un ritmo, de coincidir, pues y repartir las ganancias. 

Lunes de libros con

EL IMPARCIAL

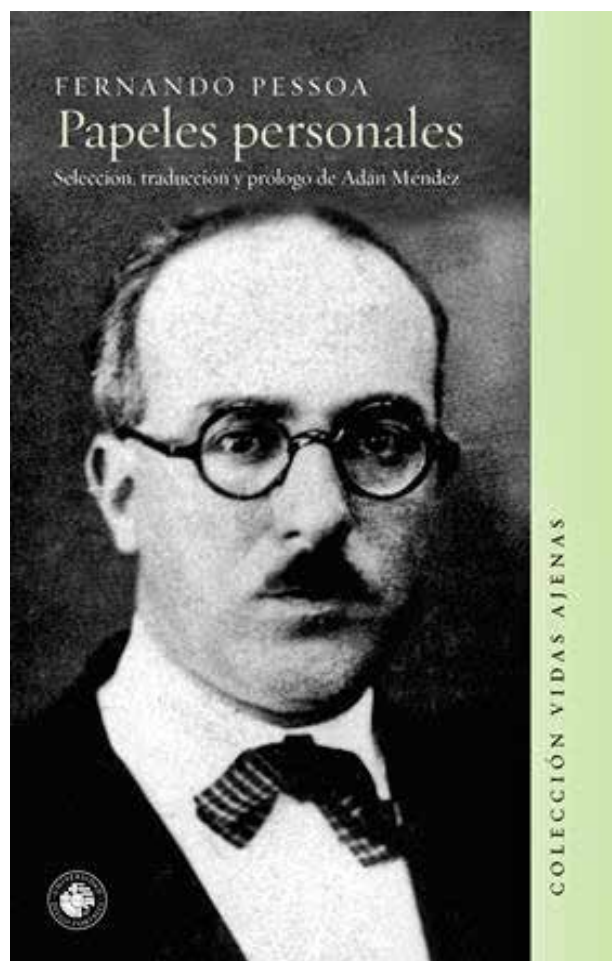
www.elimparcial.es

Fernando Pessoa: Papeles Personales

Por Juan Santander Leal

» Selección, traducción y prólogo de Adán Méndez. Ediciones UDP. Santiago de Chile, 2016. 382 páginas.

Mucho más en comunicación con su contexto que el ayudante de tenedor de libros Bernardo Soares (*Libro del desasosiego*) o el poeta Alberto Caeiro, Papeles personales muestra un Fernando Pessoa sin los disfraces a los que estamos acostumbrados. Corresponsal, editor, inventor, traductor, publicista y astrólogo, este Pessoa inquieto fue dejando apuntes, entrevistas y cartas a su paso. Los textos, heterogéneos y monotemáticos, agrupados en este volumen aportan una imagen más amplia de un autor cuyo personaje muchas veces se superpone a su literatura.





Estos papeles presentan un Pessoa sin disfraz: “divertido, sociable y seductor” lleno de proyectos e ideas de todo tipo. Esto, sin renunciar a los principios estéticos que propugna a través de sus heterónimos. El sensacionismo, por ejemplo (sentirlo todo de todas las maneras) o la estética de la abdicación (Abdica y sé rey de ti mismo) se desarrollan aquí también, pero desde un punto de vista menos programático y más espontáneo, a la manera de anotaciones, o fragmentos. No se trata de llegar al “verdadero” Pessoa sino de reparar en una más de sus personalidades, la que agrupó bajo su nombre de nacimiento, una que podríamos considerar más autobiográfica o personal pero que finalmente se funde con todas las otras que tuvo.

Entre los textos, destaca una selección de las cartas a Ofelia Queiroz, además de algunas entrevistas, y breves textos “teóricos” en los que Pessoa inda-

ga en sus ideas de ser escritor, con esa tensión entre mundo público y privado que fue uno de los ejes de su reflexión en prosa: “La celebridad es una tendencia plebeya. Por eso tiene que herir a un alma delicada. Es una tendencia plebeya porque estar en evidencia, ser observado por todos, inflige en una criatura delicada la sensación de parentesco externo con las criaturas que arman escándalo en las calles, que gesticulan y hablan alto en las plazas”. A lo largo de Papeles personales encontramos una escritura donde abunda la autosuplantación y el autosabotaje, aunque al mismo tiempo se expresa, en sordina o con megáfono, el programa artístico político y espiritual del autor.

Trágico, aunque siempre con matices humorísticos e irónicos, Pessoa también analiza su propia psicología. Trata de organizarse y dispersarse, siempre asumiendo el estrecho vínculo entre vida y obra, otra de las constan-

tes de su escritura: “Quiero disciplinar mi vida (y en consecuencia mi obra) como si fuera un estado anárquico, y anárquico por su propio exceso de ‘fuerzas vivas’ en acción, conflicto y evolución, interconectadas y divergentes”. Además de esto, algunos textos evidencian los problemas y padecimientos de

su constitución síquica, descrita como desaforada, pero a la vez controlable. “El origen de mis heterónimos es el profundo rasgo de histeria que existe en mí. No sé si soy simplemente histérico o si soy con mayor propiedad”.

Este libro tiene el mérito de armar un corpus que muestra a Fernando Pessoa como un polígrafo, no solo preocupado de dissociarse en sus heterónimos poetas y prosistas sino también como un sujeto activo socialmente, autor de manifiestos, preocupado por la vida cultural de Portugal, y autor de una rica correspondencia. Es conmovedor revisar textos de Pessoa dirigidos a sus amantes, amigos, colegas y doctores. En este sentido, sería recomendable leer este libro en cierto contraste con el *Libro del desasosiego* donde el ensimismamiento y el encierro en la escritura nos hacen creer que sus fragmentos fueron escritos para nadie. ☪

Ignacio Ferrando: La quietud

Por Daniel González Irala

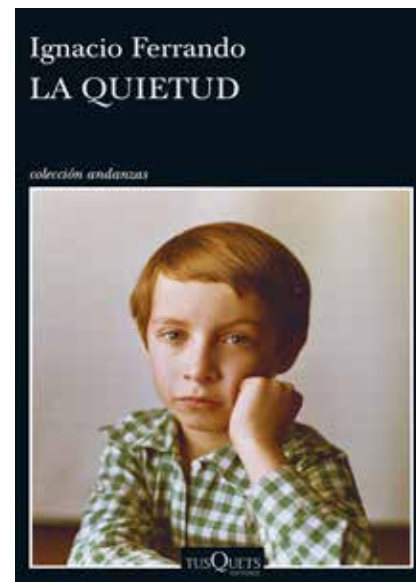
Más que interesante resulta esta novela pergeñada por este doliente autor asturiano, oriundo de la localidad de Trubia, que tras *Nosotros H*, *La oscuridad* y *Un centímetro de mar* parece haber conseguido plaza en una de las grandes editoriales gracias a este irregular y denso texto; una historia tremenda la de Héctor, narrador protagonista que no cambia a pesar de lo que pudiera parecer de primeras, haciéndose eco de una desventura que nace desarraigada y salpicada de trazos metaliterarios que nos hacen reflexionar. La guerra que, como en *Repila*, se hacía también efectiva a través de la historia de la arquitectura, aquí no pierde el tono culto, pero no disimula el narrador que lo único que queda es devastación de aquellos años. Aplica por tanto una mirada nostálgica, que no por ello pierde fuerza.

El punto de partida por el que se detona el pensamiento y acción del protagonista es una vieja instancia que, cuando estaba casado con Julia, hicieron para adoptar un niño; la Consejería correspondiente se lo ha concedido ya tarde y Julia quiere adoptar. Este hecho dramático en vez de precipitar con urgencia la acción, la convierte en un jardín cada vez más complejo, boscoso

y perturbador. El caso es que la responsabilidad como padre a través de cierto chantaje no explícito y de la contemplación de un padre senil con ínfulas de ser como el arquitecto ruso constructivista Mélnikov, le llevan primero a una lejana Siberia, y después a una Rusia enfrentada, debido a Putin, con Ucrania.

Aparecen en esta parte del texto numerosos personajes entre los que desta-

» *Tusquets*. Barcelona, 2017. 393 páginas.



ca una pareja de lesbianas, uno de cuyos miembros estaba casada con un hombre en el momento de querer adoptar. Por más que Héctor trata de encontrar distracción en las historias ajenas, no lo consigue y es este naufragio personal por el que teniéndolo todo o casi todo, es capaz de echarse a perder a través de la contradicción, algo que por otra parte debiera aportar, si no mansedumbre, sí cierta calma a sus propósitos.

Pero el mundo, el capitalismo neocom y el régimen no del todo ajeno de Vladimir Putin, son los que son: unos territorios llenos de desigualdades astronómicas y de hostilidades perpetuas, por las que el niño Dimitri, que con más de seis años no sabe montar un puzzle de tres piezas, puede llegar a tornarse más que agresivo en muchos momentos... También el inicio del proceso judicial en Rusia hace sentirse a Héctor como Anthony Perkins en aquella película basada en la obra de Franz Kafka, *El proceso*.

Descubrir que en el final está la violencia nos hace identificar, esta vez personalmente más por tramos a Julia con la Isabelle Huppert de *Elle*, otra película, esta vez más reciente y de Paul Verhoeven. 🍷

**Su tranquilidad
es lo más importante**



Grupo Maya

**Protección Personal
Privada y Empresarial**

DISCIPLINA COMPROMISO LEALTAD CONFIANZA

**Escoltas armados
Intramuros armados**

01800.263.4712 / 5208.9851 / 5514.2973
contacto@mayaseguridad.mx www.mayaseguridad.mx